

KENAU

TESSA DE LOO

KENAU

La mujer que derrotó a los tercios

Traducción Marta Arguilé



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: abril de 2015

Edhasa agradece la ayuda recibida por la
Ducht Foundation Literature
para la publicación de la traducción de la obra

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

© Tessa de Loo, 2013

© de la presente edición: Edhasa, 2015

Ayda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Ayda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6280-0

Impreso en Huertas

Depósito legal: B. 74092015

Impreso en España

Prólogo

La rebelión contra Felipe II, rey de España y soberano de las provincias neerlandesas, estalló en 1568. Esa fecha pasaría a la historia como el inicio de la guerra de los Ochenta Años. Durante los cuatro años siguientes, muchas ciudades se fueron sumando a la causa del príncipe de Orange, que lideraba la revuelta. Decidido a recuperar su menoscabada autoridad, el monarca español envió a los Países Bajos al temido duque de Alba para llamar al orden a la población mediante el castigo y el terror.

Primera parte

1

La costa de los Países Bajos estaba sumida en la Pequeña Edad de Hielo de cada año. Los inviernos empezaban en noviembre y eran extremadamente fríos. Carros muy pesados cruzaban sin apuros el río helado, que serpenteaba por la villa de Haarlem y desembocaba en el lago IJ.

Poco después del ocaso, la gente corría a refugiarse en sus hogares buscando el calor de la lumbre y de los suyos. En cuanto cerraban la puerta tras ellos, el mundo exterior envolvía las casas con una gélida mano metálica.

También Kenau Hasselaer se había ido a casa antes del anochecer, y se sentó a cenar temprano en compañía de sus dos hijas, agotada después de un día de intensa actividad en su astillero. La criada empezó a servir los platos, y el olor a col y a pescado se expandió por la vivienda.

De pronto, sonaron unos golpes en la puerta, y las mujeres se miraron sobresaltadas. La criada alzó las cejas y clavó los ojos en la señora de la casa, mientras su regordeta mano permanecía suspendida en el aire entre la bandeja y el plato. Se hizo un silencio inquietante, apenas roto por el crepitar de la leña en el hogar y el chasquido de un tronco al deshacerse sobre las brasas, hasta que un puño golpeó la puerta por segunda vez.

—Voy a ver.

Kenau se levantó, echó la silla hacia atrás, y rodeó la mesa para dirigirse al pequeño vestíbulo que comunicaba con la calle a través de una recia puerta de roble.

Cathelijne vio a su madre avanzando hacia su objetivo con paso firme, y sintió una mezcla de admiración y enojo. Al volver la vista al pálido pescado que se le enfriaba en el plato junto a la lustrosa col, sintió un ligero escalofrío recorriéndole la espalda. La asaltó una angustiosa premonición. Carecía de forma o fundamento, era como una neblina que se hubiese levantado de pronto, y que amenazaba con hacer desaparecer su mundo en cuanto se dispase de nuevo.

—¡Ay, ay, ay! —oyó exclamation a su madre—. ¡Pobrecillo, pero cómo vienes! ¡Pasa, anda, pasa!

Geertruide se levantó de golpe picada por la curiosidad, y corrió al vestíbulo seguida de Mechteld, que aún llevaba el cucharón en la mano. Cathelijne también se puso de pie, sacudiéndose de encima la vaga sensación de amenaza. Una vez más, se había dejado llevar por su imaginación, que le robaba el sueño por las noches o la asaltaba en pleno día en el momento menos pensado.

Sólo había una vela encendida en el candelabro del zaguán, y la llama se agitaba con fuerza por la corriente de aire frío que se colaba en el interior a través del hueco de la puerta abierta. En el umbral de piedra, vio la figura tambaleante de un joven que miraba al frente con ojos vidriosos y apagados. Kenau procuraba sostenerlo y ayudarlo a entrar para poder cerrar la puerta.

—Pero cómo vienes... —suspiró, y se volvió a sus hijas—: ¿Qué hacéis ahí paradas como dos estatuas? Venid a echarme una mano. ¿Es que no veis que es vuestro primo Claes de Naarden? Parece medio congelado.

—Me muero... —anunció el chico con una solemnidad digna de las circunstancias.

Y apenas dicho eso, el joven muchacho se desvaneció y cayó hacia delante como un muñeco de madera, sin que Kenau pudiera hacer nada. Geertruide fue la única que reaccionó a tiempo: abrió los brazos, e impidió que su primo Claes se fuera de bruces al suelo.

–¡Aquí no se muere nadie! –bramó Kenau, alzándolo por los hombros con todas sus fuerzas.

Sus hijas la ayudaron y lo sujetaron por la cintura. No resultó nada fácil mover a alguien que acababa de darse por muerto, aunque apenas tuviesen que arrastrarlo unos metros hasta la cocina.

«Qué fría está la capa –pensó Cathelijne–, es como si llevase miles de cristales de hielo prendidos en la lana.»

–Desplegaremos la mesa y lo pondremos encima –resolvió su madre–. Recógelo todo, Mechteld, ya cenaremos después.

La criada hizo lo que le ordenaban a regañadientes. Sus guisos eran sagrados, ya podía el cielo caerse en pedazos y la tierra partirse en dos, mientras la comida se sirviese y se comiese caliente.

Con grandes esfuerzos, pusieron a Claes encima de la mesa de la cocina, y Kenau empezó a quitarle la ropa.

–Válgame Dios, pero si está empapado. ¡Qué frío habrá pasado este chico!

Claes seguía inconsciente y terriblemente pálido.

–No está muerto, ¿verdad, madre? –Geertruide dio un paso atrás, mirando el cuerpo con aprensión.

Kenau no respondió. Estaba demasiado ocupada quitándole la ropa mientras Cathelijne tiraba de las botas con todas sus fuerzas. Geertruide dejó a un lado sus dudas, y empezó a desabrocharle los botones del jubón. Todo lo que tocaba estaba frío y empapado.

Mechteld se acercó sacudiendo la cabeza.

–¡Qué espanto! –gimió–. Este muchacho está pero que bien muerto.

–Pon más troncos en la chimenea, Mechteld. Necesita más calor –ordenó Kenau.

–Uf... –Cathelijne a punto estuvo de caer de espaldas cuando la bota cedió por fin–. Parecía como si la llevara pegada al pie. Ahora la otra.

Poco después, Claes estaba desnudo, salvo por la ropa interior.

–También... También tenemos que quitársela.

Kenau le sacó la camisa por la cabeza, pero sus hijas titubearon con pudor. Nunca habían visto a un hombre desnudo. Llevaban años viviendo en una casa en la que sólo había mujeres, y si sabían algo de la anatomía del cuerpo masculino era por las imágenes de Cristo que veían en la iglesia.

–No seáis mojigatas –las reprendió su madre–. Fue creado a imagen y semejanza de Adán, no hay nada de malo en eso.

Cathelijne le cogió las calzas y se las bajó con un par de tirones, y enseguida se puso a recoger la ropa del suelo, procurando no mirar sus partes más íntimas.

–Anda que se las trae –farfulló Mechteld haciéndose cargo de la ropa.

La mujer era una experta en soltar frases ambiguas que podían significar cualquier cosa. No era más que su manía de emitir sonidos cuando el vaso de las emociones amenazaba con desbordarse.

Kenau regresó con una manta de lana y arropó al joven muchacho.

–Y ahora, necesitamos agua tibia.

Geertruide puso una olla al fuego, que alimentaban día y noche con turba y, en cuanto el agua estuvo caliente, la repartió en dos baldes y una gran cacerola. A continuación, le añadió un poco de agua fría para templarla.

Entretanto, Kenau había ido a buscar paños de lino y les enseñó cómo debían humedecerlos en el agua y masa-

gearle las manos y los pies, que se veían aún extremadamente pálidos.

–No frotéis muy fuerte o le lastimaréis la piel –les advirtió–. Hacedlo con suavidad.

Así, estuvieron un buen rato masajeando a aquel huésped inesperado. Mientras Cathelijne ayudaba a desentumecer a su primo, su mente empezó a divagar en los recuerdos de un viaje a Naarden a bordo de una chalana, en una ocasión en que fueron a visitar a la familia de su padrastro. Ella debía de tener unos seis años por aquel entonces, y era la primera vez que salía de Haarlem. Cathelijne volvió a ver ante ella el cielo azul surcado por nubes que se movían veloces en el viento, vio los juncos agitándose, las rumorosas ondas que la chalana levantaba a su paso y las gaviotas que volaban a su alrededor, emitiendo sus peculiares chillidos. Estaba exultante porque el mundo parecía inmensamente grande e interesante, y eso le daba una sensación de infinita libertad.

Pero ¿cuál de los chicos era Claes en la enorme familia de sus tíos? Había muchos críos rubios y un par de pelirrojos, eso era todo lo que Cathelijne alcanzaba a recordar, pero sus rostros se confundían entre sí sin que ninguno destacase con claridad. Había una prima de su edad con la que había jugado mucho en aquellos días estivales, pero no recordaba su nombre. Había almiarés donde esconderse, y manzanas dulces colgando de las ramas bajas de los árboles. Uno de los hermanos era muy pesado, y la había estado persiguiendo con una rana en la mano. Evocó vagamente una risa burlesca en un rostro lleno de pecas. ¡Cómo era posible que se acordara de eso! ¡Ah!, también había un enorme sótano abovedado, donde su tío, que era comerciante de grano, almacenaba los cereales en barriles de madera. ¿Sería Claes el chico que la perseguía con la rana, o era uno de sus hermanos? Cathelijne observó furtivamente el rostro del mucha-

cho, que ya empezaba a recuperar algo de color. No tenía pecas, pero... ¿y si lo de las pecas eran imaginaciones tuyas?

–¡El señor vuelve en sí! –exclamó Mechteld en tono triunfal, como si el mérito fuese suyo.

Claes parpadeó y farfulló algo incomprendible. En su rostro apareció una expresión de ligera sorpresa. Tal vez creía estar soñando, y hallarse ante las puertas del cielo.

–Todo va bien, hijo, no te preocupes.

Kenau le acarició la mejilla y lo miró tranquilizadamente, pero la mirada del joven parecía perderse en el infinito. De pronto, sacudió la cabeza, alarmado, y miró a Kenau con los ojos abiertos de par en par:

–¡Tía..., están... están todos muertos! –exclamó con voz ronca.

–No digas disparates, muchacho.

–Los españoles... –Intentó levantar la cabeza, pero volvió a dejarse caer sobre la mesa, extenuado.

–Debe de tener fiebre –murmuró Kenau–. El pobre está desvariando.

–El pie se le está empezando a poner rojo –anunció Geertruide–. ¿Sigo frotándoselo?

–También le noto las manos más calientes, será mejor que paremos –resolvió su madre–. Por suerte, no le han salido ampollas, eso es buena señal.

–¡Au! ¡Ay!

Claes empezó a gemir y se incorporó de golpe, llevándose las manos a los pies. Las mujeres retrocedieron asustadas. Hacía apenas unos instantes, el chico yacía moribundo sobre la mesa, y de repente la vida volvía a su cuerpo con un extraordinario dinamismo.

–La descongelación duele, pero se pasa pronto, ya lo verás –le consoló Kenau.

Claes se tumbó de nuevo, respirando trabajosamente. No paraba de mecerse de un lado a otro retorciéndose las

manos. Las mujeres lo miraron con impotencia, y se pusieron a recoger los paños y los baldes de agua.

–Dadle un poco de hidromiel, le sentará bien... –dijo Kenau a nadie en particular, mientras se enjugaba el sudor de las mejillas y de la frente con uno de los paños.

Cathelijne abrió la alacena y llenó una escudilla de estaño con el agua de miel. Eran muy frugales con aquella costosa bebida que compraban en el monasterio de Santa Úrsula. Las monjas la elaboraban siguiendo una receta propia, que aderezaban con hierbas divinas cuyos nombres se cuidaban mucho de no desvelar. La muchacha regresó junto a su primo y le susurró:

–Toma, Claes, es una bebida medicinal.

Él la miró con el rostro contraído en una mueca de dolor, y Cathelijne vio en sus ojos un tormento más profundo que el dolor físico. Claes levantó la cabeza y empezó a beber a pequeños sorbos.

–Está rico, ¿eh?

Las otras mujeres se habían acercado de nuevo a la mesa y observaban al joven en silencio. Hacía mucho calor en la cocina porque habían avivado demasiado el fuego. Sólo se oía el chisporroteo de los troncos, como si tuviesen una historia urgente que contar e intentasen llamar su atención. Casi todos los habitantes de la villa usaban turba para calentarse porque era más barata, pero ellas solían disponer de la madera que sobraba en el astillero; una madera buena y seca.

Claes asintió levemente y pareció serenarse un poco. No había duda de que aquella bebida contenía plantas medicinales bendecidas por las monjas, concluyó Cathelijne.

–Yo me voy a la cama –anunció Mechteld–. Ahora que el señor se está recuperando, ya no se me necesita aquí.

Kenau asintió.

–Anda ve, nosotras tampoco tardaremos en acostarnos.

La criada empezó a subir las escaleras entre gemidos y suspiros. Era cierto que Mechteld se hacía mayor, pero tenían la impresión de que cada vez se escudaba más en su edad para despertar su compasión y librarse de las tareas más pesadas. Cuando se llevaba la mano a la espalda con un quejido, nunca estaban seguras de si estaba haciendo teatro o si le dolía de verdad.

–Quiero morirme, tía..., igual que ellos... Han muerto todos... –dijo Claes en un susurro.

Hablaba con calma, como si se tratase de una pura y simple constatación. Se había incorporado hasta quedar sentado en la mesa con las piernas colgando en el borde. Los pies habían recuperado su color normal, y la manta se le había deslizado hasta la cintura. «Tiene pelo en el pecho...», se fijó Cathelijne. Aquel descubrimiento le provocó un agradable cosquilleo, pero se asustó de su propia reacción por algo tan trivial.

–Los han matado a todos..., ¿por qué debería seguir yo con vida?

Kenau le cogió la mano entre las suyas y lo miró.

–¿A quién han matado, muchacho? ¿De qué estás hablando?

–A mi padre, a mi madre, a mis hermanos y a todas mis hermanas... Incluso a Maike, que sólo tenía tres añitos.

–Pero... ¿Quién podría hacer algo así?

–Los españoles... ¿Es que no os habéis enterado? ¿No os han llegado noticias de lo ocurrido?

Cathelijne detectó un temor creciente en su madre, a pesar de la arruga de escepticismo que seguía surcando su frente.

–Aquí no sabemos nada.

Claes tragó saliva, y su nuez subió y bajó con fuerza por la garganta. Inspiró hondo, y se puso a contarles lo sucedido mientras miraba fijamente un punto en el suelo, como si toda la escena estuviese ocurriendo de nuevo allí. Empezó hablan-

do lentamente, con largas pausas. Parecía que ni él mismo pudiera creer lo que había visto; sin embargo, a medida que avanzaba el relato, su tono fue haciéndose más febril. Al final, las palabras salían a borbotones de sus labios.

En agosto, la villa de Naarden, donde vivía Claes con su familia, se había puesto de parte del príncipe Guillermo de Orange y de sus aliados, conocidos como los Mendigos del Mar. Poco después, empezaron a correr rumores de que el duque de Alba había enviado a las provincias del norte a su hijo, don Fadrique de Toledo, al frente de un gran ejército para emprender una campaña de castigo contra las ciudades rebeldes. Al principio, los habitantes de Naarden confiaban en que su ciudad se libraría, pero en noviembre, cuando el ejército español puso cerco a la ciudad de un día para otro, perdieron toda esperanza.

Las autoridades de la villa se negaron a acatar la orden española de rendición inmediata, y decidieron permanecer fieles a los orangistas y defender la ciudad a toda costa. Por desgracia, los muros de Naarden eran débiles y estaban en mal estado, y sólo contaban con ciento cincuenta soldados alemanes, además de su propia milicia, para defenderlos. Los españoles lograron cortar el suministro de vituallas, armas y combustible, y dejaron a los ciudadanos a merced del hambre y el frío.

Claes se detuvo unos instantes y se estremeció. Cathelijne reparó en que su madre se había puesto pálida. El chico recuperó la compostura y retomó el hilo del relato, sin dejar de mirar al suelo.

Al final, temiendo las represalias si seguían oponiendo resistencia, las autoridades municipales decidieron negociar la rendición de la villa con los mandos del ejército español. Regresaron con la buena nueva de que habían llegado a un acuerdo. Habían pagado un considerable rescate para que Naarden se librara del saqueo y sus habitantes fuesen respetados. La mayoría de los burgueses sintieron un profundo

alivio al enterarse. Muchos no cabían en sí de gozo, porque eso suponría el final del asedio y que la paz volviera a la villa. Los únicos que no se mostraron tan satisfechos con la noticia fueron los que habían apoyado abiertamente a los Mendigos. También Claes encajó el acuerdo como una derrota, pues estaba convencido de que los Mendigos eran su única esperanza de librarse del yugo español.

—Sin embargo, en casa era el único que opinaba así —admitió tragando saliva, antes de proseguir con un hilo de voz—. Todo... Todo acabó ayer, 1 de diciembre. Se abrieron las puertas de Naarden, y las filas de mosqueteros entraron en la villa. Los burgueses habían preparado una gran fiesta para los mandos del ejército español, contentos de que el asunto no hubiese ido a mayores. Hicieron un llamamiento para que toda la gente acudiese al ayuntamiento y renovara su juramento de lealtad al rey Felipe. Mi padre reunió a la familia: quería que fuésemos todos juntos. Al principio, mi madre dijo que prefería quedarse en casa, porque Maaïke era muy pequeña y resultaba difícil tenerla a raya, pero mi padre insistió en que fuésemos todos para no enojar a los españoles. Yo me negué rotundamente a asistir a esa farsa. Bastante malo era ya haber permitido que esa gente entrara en la ciudad, y ¿encima teníamos que jurarles lealtad? Que no contasen conmigo. Me enfrenté a mi padre, y nos enzarzamos en una agria discusión, pero, como el tiempo apremiaba, al final me dejaron en casa. Se fueron todos... —Claes se tapó el rostro con las manos, desesperado—. Ojalá... Ojalá hubiera encontrado las palabras adecuadas para detenerlos —se lamentó—. Pero no me habrían escuchado... No, no me habrían escuchado. Estaban tan dichosos y aliviados...

Mientras su familia se dirigía al ayuntamiento, Claes se dedicó a remolonear por la casa. Al final decidió subir a la buhardilla, donde su padre guardaba las provisiones para el invierno. Una de las ventanas daba a la calle, y desde allí po-

día ver media ciudad. La abrió sólo un poco, porque entraba un frío glacial. La plaza del ayuntamiento estaba abarrotada, y más y más gente llegaba por las calles que confluían hasta ella. No consiguió distinguir a su familia: había demasiadas personas apretujándose allí. Claes siguió buscándolos con la mirada, a pesar de que se estaba quedando helado. Al cabo de un rato, la mayoría había entrado ya en el edificio. La plaza estaba llena de soldados españoles, y Claes notó una extraña sensación en el estómago. Las puertas seguían abiertas, y pudo oír que anunciaban algo, aunque no logró entender lo que decían. De pronto, empezaron...

En lugar de acabar la frase, Claes ocultó la cara en el regazo de Kenau, como un chiquillo que buscara consuelo en las faldas de su madre. Kenau le cogió la cabeza, y lo miró con severidad.

–¿Empezaron a qué? ¿Qué demonios ocurrió?

–Empezaron a disparar... –dijo Claes–, ¡a todo el mundo! Se oyeron gritos y lamentos. La humareda de pólvora salía por las puertas abiertas, y al poco incendiaron una de las torres y se oyeron más alaridos de agonía.

A Claes le entró el pánico. Hubiera apostado la cabeza a que esos mismos soldados no tardarían en dispersarse por la ciudad para saquearla y acabar con los que quedaran. No había tiempo para lamentaciones, debía actuar con rapidez. Bajó corriendo las escaleras, y cogió apresuradamente algunas prendas de abrigo y una capa. Luego sacó el dinero que pudo de la alcancía de su madre, y salió furtivamente por una discreta puerta de la muralla que iba a dar al canal. Allí tenían amarrada una barca, que utilizaban para cruzar hasta el prado donde dejaban el ganado en verano, pero en aquel momento no le servía de nada porque el canal estaba helado. Sin embargo, pudo deslizarse por el hielo sin ser visto y llegar a la otra orilla. Cuando llevaba ya una hora andando, se encontró con un vendedor ambulante que lo dejó subir a

su carro y le llevó hasta las afueras de Ámsterdam. A partir de ahí, la marcha se había hecho más penosa, y Claes había caminado sin descanso todo un día y una noche antes de llegar a la puerta de su tía.

–¡Que hayas tenido que pasar por eso! –suspiró Kenau–. Estás... Estás seguro de que todos...

–No dejaron a nadie con vida, tía, lo juro.

Las tres miraron a Claes en silencio, como si las imágenes de lo sucedido planeasen sobre su cabeza. Aquella despiadada escena era difícil de asimilar. Cathelijne recordó a su tía, rodeada de niños... Sintió náuseas ante la idea de vivir en un mundo donde podían cometerse crueldades tan despiadadas como aquella con total impunidad. Y, sin embargo, aquel sentimiento de impotencia encendió también una chispa de furia en su interior. De pronto, los recuerdos de aquel verano de su infancia le desgarraban el corazón, y deseó no haberlos evocado.

–¡Dónde estaba Dios entonces! –exclamó Kenau.

–Desde luego, el Dios de los católicos no apareció por ningún lado –contestó Claes–. Permitted que todos los habitantes de la villa fuesen aniquilados, gente inocente, niños y niñas...

–No hables así, muchacho, Dios no hay más que uno, y es un Dios de amor y misericordia.

–¡Valiente Dios, madre! –Geertruide, que hasta entonces había permanecido callada, rodeó a su primo con el brazo en actitud consoladora.

–No es momento para ponernos a discutir sobre Dios, Geertruide –replicó Kenau.

–Tía... –dijo Claes–, hay... algo más.

Kenau enarcó las cejas.

–¿Algo más? ¿Acaso no es desgracia suficiente?

–Su próximo objetivo es Haarlem. He venido para avisaros.

2

Entraba poca luz por los estrechos ventanucos del castillo de Valkhof. En el exterior, todo se veía gris y hacía frío; las heladas habían llegado pronto.

El duque de Alba tenía una tos fea que no auguraba nada bueno para el invierno. Malditos Países Bajos, húmedo confín del Sacro Imperio Romano. Confiaba en acabar pronto con su misión, y no esperaba otra cosa, pues había comprobado que los hombres de aquellos lares eran poco avezados en el manejo de las armas. El duque estaba convencido de que antes vería una vaca bailando que a los lugareños haciendo la guerra. Había dado a su hijo, don Fadrique, el mando de su ejército. Tenía órdenes de aplastar a las ciudades sublevadas que se habían aliado con los orangistas. Se trataba en su mayoría de lugares en los que las ideas heréticas habían puesto a la población en contra del rey de España. Además, tenían el descaro de protestar por los nuevos tributos. Era una situación lamentable, y había llegado la hora de volver a imponer la ley y el orden en el territorio.

Estaba sentado ante una gran mesa, sobre una silla tapizada de terciopelo granate, y le escribía un despacho a Felipe II, contándole con satisfacción que el ataque a Naarden se había desarrollado como habían previsto.

Majestad, los triunfos se suceden uno tras otro.

Después de Zutphen, hemos tomado Naarden, y hemos limpiado la villa a fondo.

¡No ha sobrevivido criatura!

Así les demostraremos a estas ciudades emponzoñadas por las impías creencias de Calvino que nadie se burla de nosotros.

Nuestro ejército partirá mañana hacia Haarlem, la puerta de Holanda del Norte.

Ojalá Dios vuelva a ponerse de nuestro lado en nuestra cruzada contra los herejes que mancillan Su Nombre y asolan Sus Reinos con su diabólica ira.

De vez en cuando, tenía que interrumpir la escritura para ahogar un ataque de tos en su puño de encaje español, y enseguida tomaba un sorbo de vino para prevenir un nuevo acceso.

Si pudiera volver a casa. A su palacio de Salamanca, a los naranjos y las palmeras de su soleado patio. A descansar por fin, y erradicar de sus frágiles pulmones el aire cenagoso y enmohecido de ese delta. Recuperarse en brazos de una mujer, una española, por fin. Allí las mujeres eran hermosas, pero nada refinadas. O sea que de elegantes tenían poco, eran toscas más bien, y lo peor es que hacían el amor sin pasión alguna.

3

La ciudad estaba cubierta por una capa de escarcha que refulgía bajo el sol matinal. Kenau miraba ahora con otros ojos el lugar que la había visto nacer, y a otras muchas generaciones antes que a ella. ¡Qué frágil le parecía en este momento! Bello, sí, conmovedoramente bello, como el río que atravesaba la villa, con las coloridas embarcaciones amarradas en el muelle, las ramas escarchadas de los olmos en la ribera, las esbeltas agujas de los campanarios de las iglesias y monasterios. Bello, y, al mismo tiempo, tan frágil. Jamás había imaginado que todo aquello podía acabar destruido por una horda de soldados, y que sus habitantes podían sucumbir con su ciudad de un modo que la hacía estremecer sólo de pensarlo.

Se arrebuó más en su manto y apretó el paso. La escarcha crujía bajo sus pies. Aún era temprano, y sin embargo había mucha actividad en la villa. En los astilleros se serraba y calafateaba, en las casas de cerveza iban entrando los sacos de grano y cargando los barriles en carros. Desde que el Spaarne se había helado, todo el transporte se hacía por tierra o sobre el hielo por medio de trineos. Al otro lado del río, en la parte antigua de la ciudad, también se veía a mucha gente por las calles. Los vendedores exponían sus mercancías, los escribanos se encaminaban a sus quehaceres, y las criadas, cargadas con cestos de la compra, se detenían a

charlar, formando con su aliento nubes de cotilleos que se elevaban al cielo azul.

Era inconcebible pensar que todo aquello pudiese desaparecer de pronto, se dijo Kenau. Así eran sus vidas, la suya y la de todos los vecinos de Haarlem, y nadie tenía derecho a arrebatárselas porque así lo hubiera decidido un rey al que ni siquiera conocían, y que además vivía a miles de millas de allí.

Pasó por delante del horno, y decidió comprar una bolsita de rosquillas para no presentarse con las manos vacías en casa de su viejo amigo Hendrik Bastiaenz. Bertha, bendecida por la naturaleza con unas impresionantes redondeces que se mecían con cada uno de sus gestos, le pesó media libra.

—¿Iréis también a la plaza para oír hablar a Ripperda? —le preguntó. Sobre sus mejillas arreboladas, chispeaban unos ojillos vivarachos.

—No creo que se me haya perdido nada allí —replicó Kenau con más brusquedad de la que pretendía. La simple mención de aquel nombre la exasperaba: Ripperda. Aunque hacía poco que aquel hombre había tomado el mando de la villa, lo precedía su fama de ferviente defensor de la fe protestante. A Kenau le parecía una vergüenza que el príncipe hubiese elegido a alguien como él para tan alta función.

—Dicen que es un hombre muy apuesto —añadió Bertha guiñándole el ojo con picardía—, y además es viudo.

Kenau pilló la indirecta y se sonrojó a su pesar. Para mantener la compostura, echó mano a la bolsa y sacó un par de peniques.

Bertha guardó el dinero y se llevó a la boca una de las rosquillas que habían sobrado.

—Así, así, ve metiéndote todo nuestro negocio en ese insaciable cuerpo tuyo. —Su marido Teun acababa de entrar con cara de malas pulgas—. ¿Es que no te hartas nunca?

Bertha se quedó paralizada, y Kenau se dio cuenta de cuánto le había dolido aquel comentario sobre su corpulencia. El panadero era un hombre de temperamento malhumorado, y siempre pagaba su falta de alegría lanzando puyas a quien tuviese más a mano, de modo que a la pobre Bertha siempre le tocaba recibir.

Kenau se despidió apresuradamente, y reemprendió la marcha hacia la casa de Hendrik Bastiaensz. Hendrik había sido el mejor amigo de su marido, y cuando Nanning aún vivía le había prometido velar por el bienestar de su mujer y de sus hijas si a él llegaba a pasarle algo. Procedía de una prominente familia de comerciantes de paños, y procuraba cumplir con sus obligaciones como edil de la villa siendo fiel a sus principios de justicia y compasión. Tenía un gran corazón, y siempre estaba dispuesto a ayudar a cualquiera de los habitantes de Haarlem, fuera cual fuese su oficio o condición. Kenau confiaba plenamente en su buen criterio, sobre todo ahora que ya no tenía a su marido a su lado para discutir y tomar las decisiones de mutuo acuerdo.

Bastiaensz vivía en la Marktplein. Con sus tres plantas y el elegante frontispicio escalonado, la casa era una de las más hermosas de toda la plaza. Kenau cruzó el mercado y subió los tres escalones hasta llegar a la puerta principal. Respiró hondo para concentrarse, y utilizó la aldaba para llamar. El criado le abrió enseguida, y la hizo pasar con una leve inclinación de cabeza. Le pidió que aguardase un momento, e hizo un gesto con la mano que a Kenau se le antojó un tanto condescendiente. Aún se acordaba de cuando había empezado a trabajar de mozo en la casa, siendo un rapaz de quince años. Apenas se le entendía al hablar, y Kenau le había preguntado a Hendrik de dónde había sacado a aquel muchacho. Resultó que procedía de una aldea de Zelanda, no se acordaba ya del nombre. Unos nueve años atrás, durante la época de la gran epidemia de peste que

asoló Ámsterdam, aquella aldea había sido una de las más afectadas, y todos sus habitantes habían muerto. Sólo hubo un chiquillo que se salvó milagrosamente. Hendrik se apiadó de él y lo tomó bajo su protección, convencido de que sólo podía ser obra de Dios que una única persona hubiese sobrevivido a la plaga.

Hendrik apareció en el vestíbulo tapizado con alfombras persas y le dio la bienvenida. Kenau siempre se sentía impresionada por su imponente figura, que irradiaba fuerza y confianza. Su cabello empezaba a encanecer por las sienes, aunque la barba y el bigote seguían conservando su tono cobrizo. Tenía una mirada penetrante pero afable que la hacía sentirse cómoda de inmediato. A su lado, una se creía a salvo de toda la maldad del mundo, pues parecía estar rodeado de una barrera de bondad infranqueable.

—¿Dónde está Geerste? —preguntó Kenau, mirando con extrañeza el espacioso cuarto de atrás donde se hacía la vida y se cocinaba. Por lo general, reinaba allí un tremendo bullicio gracias a los seis hijos de Hendrik y a su mujer, que era el centro de todos ellos.

—La he enviado a Leiden una temporada, a la casa de sus padres. Están pasando muchas cosas por aquí, Kenau.

Ella asintió, algo inquieta.

—Por eso he venido, Hendrik, para hablar contigo.

—Siéntate. —Hendrik retiró una de las sillas que estaban junto a la mesa—. ¿Quieres tomar algo?

Kenau negó con la cabeza.

Hendrik se volvió para dirigirse al criado.

—Déjanos solos, Lambert, no necesitamos nada más.

Lambert salió de la sala y cerró la puerta tras de sí con sigilo.

—Sabes bien que no soy de las que se amedrentan con facilidad, pero he de confesarte que el miedo se ha apoderado de mí —le confió Kenau con un hilo de voz.

–Me temo que, esta vez, no podré tranquilizarte –admitió Hendrik observándola con preocupación.

–¿Tienes noticias de lo que ha pasado en Naarden?

–Sí, me enteré ayer. Estoy consternado..., no imaginas lo mucho que me ha afectado.

Kenau se aclaró la garganta y le contó lo sucedido la víspera. Le temblaba la voz. Cuando Claes llegó a su casa y les explicó lo que había ocurrido, se había mostrado firme y enérgica, pero luego no había podido pegar ojo en toda la noche.

Tras escucharla, Hendrik se rascó la barba con aire pensativo.

–Pues creo que habrá sido uno de los pocos supervivientes. Parece ser que se emplearon a fondo.

–¿Crees que es cierto que Haarlem será la próxima? –musitó Kenau.

–De eso no hay duda. Cuando nuestra villa mostró su apoyo al príncipe de Orange, el pasado 3 de julio, se ganó la animadversión de Felipe II y del duque de Alba, y no permitirán que tamaña provocación quede sin castigo. Además, el avance del protestantismo en nuestra pequeña ciudad es como una espina en el ojo para el rey, y los saqueos que últimamente se han producido en los monasterios no han hecho más que empeorar la situación.

–Es por culpa de ese horrible Lumey, el jefe de los Mendigos. Cómo desprecio a esa chusma, no son más que unos piratas incivilizados. Y tampoco soporto esa cola de zorro que llevan en el sombrero.

–Me temo que los necesitamos mucho, no olvides que luchan al lado del príncipe de Orange. Además, no todos son unos bárbaros, también hay muchos nobles entre ellos.

Kenau suspiró.

–¿Por qué no pueden respetar las iglesias y los monasterios? ¿Es necesario que los destruyan?

–Ten presente lo mucho que odian la corrupción y la codicia de la Iglesia católica. Además, las persecuciones de herejes han sembrado mucho resentimiento entre los protestantes. Todos sabemos lo peligroso que es defender las ideas de Lutero o de Calvino, incluso declararse anabaptista. En menos que canta un gallo, te han exiliado o condenado a la hoguera.

–Hendrik, tú eres católico, ¿verdad?

Él sonrió.

–Sí, pero soy consciente de que es necesario hacer reformas en el seno de la Iglesia, y detesto la línea dura que adopta España. Nuestro príncipe pide tolerancia mutua entre protestantes y católicos, y yo estoy de acuerdo con él, aunque no resulte nada fácil.

Kenau lo observó en silencio. La fe católica formaba parte inseparable de su vida, y le costaba aceptar que pudiera ser cuestionada o enjuiciada.

–¿Crees que yo también debería alejar de aquí a mis hijas? –preguntó con voz queda.

Hendrik titubeó.

–Por un lado, te diría que lo hagas cuanto antes..., y que te vayas tú con ellas. Por otro, sé que necesitaremos la ayuda de todos los burgueses de Haarlem para reforzar la muralla y resistir durante el asedio, que sin duda se producirá. Si todo el mundo se va, Haarlem habrá perdido la batalla de antemano. Yo he enviado a mi mujer y a los niños lejos de aquí porque ellos son tan pequeños que no harían más que estorbar.

Kenau se quitó el manto. Tenía calor estando tan cerca del fuego.

–Pero todavía podemos salvar la ciudad, ¿no? –preguntó con angustia–. ¿Y si nos rendimos de inmediato y volvemos a jurarle fidelidad al rey antes de que nos sitien? Tal vez nos perdone y nos deje en paz.

–Que no te oiga nadie hablar así, o te tomarán por una traidora. La mayor parte de los prebostes y ediles no consideran de ningún modo la rendición, aunque también haya algunos que piensan como tú. Confían en que Felipe II pasará por alto nuestra infidelidad, y que aún estamos a tiempo de negociar con él. Es tremendamente ingenuo pensar así, sólo hay que ver lo que ha pasado en Malinas, en Zutphen o, ahora, en Naarden. Se hicieron acuerdos para que los españoles respetasen a la población, y sin embargo se comportaron como salvajes.

Kenau tenía miedo, y no podía dejar de evocar las imágenes que Claes le había descrito con todo detalle.

Hendrik le cogió la mano y la obligó a mirarlo.

–No podemos confiar en ellos, Kenau, lo sabes tan bien como yo. Están llevando a cabo expediciones de castigo en todas las ciudades que se han sumado a la causa de los oran-gistas.

Kenau bajó la mirada y observó las venas azuladas de las manos de Hendrik.

–Voy a decirte algo que debe quedar entre nosotros –le dijo Hendrik casi en un susurro–. Sé que puedo confiar en ti. Ayer por la tarde, tuve una reunión con las autoridades municipales. Ahí se vio claramente quiénes son los cobardes y los ingenuos. También hay un grupo de comerciantes que sólo piensa en sus propios intereses. Tengo la impresión de que entre ellos hay posibles traidores. Cornelis Duyff, por ejemplo, sería capaz de vendernos por treinta monedas de plata sin pestañear.

–¡Ese hombre es un canalla! –exclamó Kenau–. Todavía me debe una buena suma por un barco que me encargó.

–No es hombre de una pieza, estoy de acuerdo contigo, pero hasta ahora soy el único que opina así. Por desgracia, no pude evitar que fuese elegido como uno de los tres miembros de la delegación que mañana partirá a Ámsterdam

para pedirle a don Fadrique que modere sus condiciones. Hace poco nos hizo llegar su propuesta de rendición inmediata, pero necesitamos ganar tiempo para consultarlo con los Estados de Holanda, antes de aceptar de común acuerdo someternos al sitio. Y eso es lo que queremos la mayoría de nosotros. No nos fiamos ni un pelo de esos españoles. No se puede negociar con ellos.

Se produjo un silencio incómodo. Kenau tragó saliva. Le resultaba difícil expresar su opinión ante Hendrik. Él se movía en el corazón de la política municipal, y sabía mucho más que ella de la gente de la calle. Sin embargo, estaba en contra de someterse a España, y hablaba de la convivencia pacífica de las distintas religiones como si fuese lo más normal del mundo. ¿Estaría ella equivocada?

–¿Qué crees tú que habría hecho Nanning? –musitó.

–Desde luego, no puedo hablar en su nombre, pero, conociéndolo como lo conocía, me atrevería a jurar que no habría dejado Haarlem a merced de los españoles por nada del mundo. Habría luchado hasta su último aliento.

Kenau asintió, pensativa. Sabía que Hendrik tenía razón. Así era Nanning. Tal vez habría alejado a su familia de la ciudad, pero él se habría mantenido firme en las barricadas y habría desafiado al enemigo riéndosele en la cara.

–Piensa en todo lo que te he dicho, querida amiga, pero no demores tu decisión demasiado. Don Fadrique ya ha llegado a Ámsterdam con sus tropas.

–Bien... –Kenau retiró la silla y se puso de pie–. Ah, casi me olvido de darte este pequeño obsequio... Aunque lo había traído para... –dejó la frase a medias, y le entregó el paquete de rosquillas.

–Gracias, las pondré en el bote de las galletas por si tenemos algo que celebrar. Recuerda que, pase lo que pase, siempre puedes acudir a mí.

Kenau volvió a cruzar la plaza del mercado. Delante del ayuntamiento, se había congregado una pequeña muchedumbre. En la escalinata había un hombre de pelo oscuro que se dirigía a la gente; lucía un poblado bigote con las puntas retorcidas hacia arriba y una barba recortada. Su voz resonaba por la plaza, y la audiencia escuchaba sus palabras en atento silencio. Kenau se acercó unos pasos.

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir aguantando que el gobernador nos robe nuestro tesoro público? Ahora se han sacado de la manga el pago de la décima, un tributo imposible que no podemos satisfacer.

—¡Fuera la décima, fuera los españoles! —gritó un hombre.

Siguiendo su ejemplo, la multitud estalló en gritos de «¡Fuera los españoles!», hasta que el orador les rogó de nuevo que guardaran silencio. Le obedecieron al instante. Aquel hombre sólo podía ser Wigbolt Ripperda, el nuevo gobernador de Haarlem, nombrado a principios de agosto por el príncipe de Orange.

—No rendiremos la ciudad —exclamó—. Defenderemos Haarlem con uñas y dientes en nombre del príncipe. ¡Don Fernando, por mucho duque de Alba que seáis, no permitiremos que sembréis la muerte y la desolación en los Países Bajos! ¡Si Dios quiere, os contendremos con un muro de pólvora y plomo!

La gente lanzó una salva de vítores y aplausos, y unos pocos exaltados intentaron subir las escaleras para abrazar a Ripperda, pero fueron detenidos por su guardia personal.

Kenau se había quedado impresionada muy a su pesar, pero a la vez sintió cómo crecía en su interior un miedo cervical: aquellas palabras eran una provocación en toda regla contra el rey de España y el duque de Alba, cuyo hijo, don Fadrique, se hallaba en Ámsterdam esperando la señal para

lanzarse contra Haarlem. Sin embargo, la gente de la plaza aplaudía a aquel hombre con un entusiasmo que desafiaba la muerte.

—Con esas mismas palabras, Ripperda ya ha encendido los ánimos en el cuartel general de la milicia —oyó decir al anciano que tenía a su lado—. Están deseando entrar en acción. Me temo que, en los próximos días, se verterá mucha sangre inocente. ¿Por qué no negociamos una rendición para evitar que la cosa vaya a mayores?

Siguiendo un impulso, Kenau entró en la catedral de San Bavón, que era el orgullo de Haarlem. Fue derecha a la imagen de la Virgen María, que se hallaba en una de las naves laterales. La Santa Madre miraba con muda desesperación el cuerpo sin vida de su hijo, que yacía sobre su regazo. Kenau se arrodilló, juntó las manos y se puso a rezar. Sus palabras no repetían ninguna oración, sino que brotaban directamente de sus angustiosos presentimientos. La ciudad sería sacudida hasta sus cimientos, y ninguna familia saldría indemne... Lo veía ante ella como si se tratara de una visión.

De pronto, las campanas de la iglesia empezaron a repicar, sacando a Kenau de su recogimiento. Era como si se hubiera desatado una gran tormenta, como si la ira divina fuese a descargarse con violencia sobre su cabeza. Sobreco-gida, Kenau levantó la mirada hacia la bóveda de madera. Su patrón geométrico siempre la había calmado; sin embargo, en esos momentos aquellas grandes vigas parecían lanzarle una amenaza. Agachó de nuevo la cabeza, y permaneció un buen rato entregada a sus pensamientos. ¿Debía sacar a sus hijas de la ciudad? Podía enviarlas a casa de su hermano, en Middelburg, su familia las acogería con cariño. Ella no podía irse, eso estaba claro, había demasiados trabajadores que dependían de ella, tanto en el astillero como en la serrería, y además debían cumplir con los encargos fueran cuales fueran las circunstancias.

El repique de las campanas cesó de forma tan repentina como había empezado. Kenau se puso en pie fatigosamente. ¿Por qué estaba tan torpe? Sólo tenía cuarenta y seis años, y sin embargo se sentía como una vieja con las articulaciones desechas. Justo ahora que debía mantenerse ágil y fuerte.

Salió de la iglesia, cabizbaja, y se dirigió hacia su casa con paso rápido. Al cruzar el puente, decidió ir a echar un vistazo al astillero. Habían terminado la construcción de un barco, y aquella tarde iban a armar el palo mayor. Era una hermosa embarcación de excelente factura, y uno de sus calafates, con especial talento para el arte de la talla, había construido un precioso mascarón de proa con una virgen de largos rizos cayendo sobre sus insolentes pechos enhiestos, que miraba el mundo como si desafiara el oleaje embravecido. El mismo artesano había grabado el nombre de «Magdalena» con elegantes letras. Era una lástima que aquella preciosa embarcación fuese para Cornelis Duyff. Kenau habría preferido entregársela a cualquier otro.

Estaban trabajando duro en el astillero, aunque de vez en cuando los hombres se detenían unos instantes para calentarse las manos entumecidas por el frío. El sol estaba tan bajo que todos despedían una sombra muy alargada. Jacob, el capataz, estaba revisando los aparejos del barco por última vez. Llevaba el gorro de lana tan calado que apenas se le veían los ojos. Kenau se dirigió hacia él.

—¿A qué hora montaremos el mástil esta tarde? —le preguntó.

—Duyff vendrá a las dos.

Kenau hizo un gesto de asentimiento y decidió ir al almacén para comprobar que hubiera suficientes jarras de cerveza. No estaba en absoluto de humor para un brindis de celebración, pero no le quedaba más remedio. Se volvió al oír los cascos de un caballo acercándose por la calle. Era un

precioso caballo de color castaño oscuro, y su jinete iba tocado con un sombrero de fieltro. Bajo la sombra del ala sus ojos se veían muy oscuros. Cuando jinete y montura estuvieron más cerca, Kenau lo reconoció con sorpresa y se puso rígida.

–¿La señora Simons Hasselaer? –preguntó el hombre sujetando las riendas.

–Yo misma –repuso Kenau con recelo.

–Soy Wigbolt Ripperda, representante del príncipe de Orange.

Kenau retrocedió unos pasos. No le gustaba ver a aquel hombre alzándose sobre ella, sentado cómodamente en su caballo y envuelto en su capa de buen paño. Pero lo que más le irritaba era la cola de zorro que llevaba en el sombrero.

–Ha llegado a mis oídos que sois dueña de un próspero astillero, y que además compráis madera a las tierras del norte.

–Así es, ¿hay algo de malo en ello? –replicó con más rudeza de la que pretendía.

–Necesitamos madera, mucha madera, para reforzar las puertas de la villa. ¿Podrías donar una parte de vuestras reservas para garantizar la seguridad de los burgueses, vos incluida? El príncipe ya ha destinado buena parte de su fortuna personal a la defensa de varias ciudades y...

–¿Queréis saber mi opinión, o la opinión de una mujer no cuenta en este asunto?

Se produjo un silencio entre ambos. Ripperda se quitó entonces el sombrero con gesto grácil, y le contestó con una sonrisa contenida que dejó al descubierto su perfecta dentadura.

–La opinión de una mujer hermosa como vos me llega al alma. Os ruego que me confiéis vuestros pensamientos.

Kenau se sonrojó. No estaba acostumbrada a recibir un trato tan galante. Los hombres con los que trataba eran ru-

dos, y habrían preferido morir antes que emplear un lenguaje tan afectado y verboso. De sus labios jamás salía un cumplido hacia el sexo opuesto. Kenau se sintió halagada, pero no bajó la guardia. Había pasado demasiado tiempo desde que alguien le dijera que era hermosa.

—¡Esta revuelta es una locura! —se oyó decir a sí misma—. Hasta un niño vería que las murallas de nuestra ciudad están en pésimo estado, y que las puertas apenas resistirían el primer embate: no se usan desde hace tiempo, y están carcomidas. No hay nada que hacer. ¿Por qué no negociamos con los españoles? Podríamos comprar la paz con un buen rescate. Ningún ciudadano de Haarlem desea morir, sólo queremos seguir adelante y trabajar para ganarnos el sustento. ¿Por qué debemos arriesgar nuestras vidas por un rey que vive a miles de millas de aquí y al que ni siquiera conocemos?

Ripperda soltó una carcajada.

—Es demasiado tarde para eso, señora, y, con todos mis respetos, es muy ingenuo de vuestra parte pensar que aún puede negociarse la salvación de la villa. Lo lamento.

Kenau le dirigió una mirada hostil, luego se dio la vuelta con brusquedad.

—¡Jacob! —gritó—. ¿Puedes venir un momento? ¡Este señor quiere hacer un pedido de madera a cuenta del príncipe! Ya sabes cuál te digo, el de Orange con ese ejército de «mendigos».

Y se alejó a grandes zancadas sin despedirse siquiera ni volver la vista atrás. Hombres de bonitas palabras... nunca los había tragado.